

El diario en la Literatura. Estudio de su tipología

POR
AMELIA CANO CALDERÓN

Desde que el hombre sintió la necesidad de enfrentarse con su propia vida a través de la escritura de forma periódica, los diarios han sido una constante en la Literatura Universal a lo largo de todos los siglos.

En general no han sido considerados como obras de carácter creativo y si se han publicado se debe a una misión secundaria cual es el conocimiento de la persona que los escribía, de su obra literaria o, según el caso, de sus hechos.

Precisamente por estas connotaciones de obra no creativa y de reflejo de la vida privada se han situado los diarios en una posición difícil en la literatura lo que ha hecho que en muchas ocasiones se haya prestado escasa atención a su estudio general o particular.

Por este abandono en que se encuentra su estudio y considerando la importancia suma que en tantos momentos alcanzan los diarios no sólo para el conocimiento del autor sino de su país y su época vamos a dedicar este breve artículo a un nuevo análisis de su definición y a un nuevo intento de su tipología.

Partiremos de una definición ya conocida, precisamente la que Germán Bleiberg nos da de diario en su «Diccionario de la Literatura Española»:

«Relación de hechos por días; para la historia literaria son los diarios de extremado interés, sobre todo si son «diarios íntimos», porque reflejan de un modo directo la psicología de su autor, en España se ha cultivado poco este género literario, que en realidad no lo es, pues el valor del diario íntimo reside precisamente en su espontaneidad, en el renunciamiento a la publicación y en la franca confesión de sentimientos que, al escribirse sobre la cuartilla, parecen liberar de un grave peso al autor. Como ejemplo de diario en España puede citarse el de Jovellanos.

Conviene destacar que no ha de confundirse el diario íntimo, con las memorias o la autobiografía, ambas siempre menos sinceras de lo que suele ser el diario»¹.

Analizando con detenimiento estas palabras podemos llegar a conclusiones válidas en el estudio de los diarios.

Comenzaremos con el primer párrafo: «Relación de hechos por días», o este aserto es excesivamente general o muchas de las obras clasificadas en cualquier literatura como diarios, debieran perder tal nombre.

Vayamos a los hechos concretos. Enrique Federico Amiel escribe su «Diario íntimo» abarcando el periodo comprendido entre enero de 1867 a abril de 1881². El diario no es precisamente el resumen de la jornada, en ocasiones abarca más de un día y en otras se pormenoriza llegando a detallar incluso la hora (señal inequívoca de que no era un hombre atareado). Así el 6 de septiembre de 1867³, en Weissentein, va describiendo el paisaje de las alturas del Jura, observando cómo cambia la montaña al ser descubierta por las nieblas matinales, las etapas horarias según marca el diario son tres: a las diez de la mañana, a las once y a mediodía.

Si en el diario de Amiel puede fallar la cronología más aún podremos apreciar este hecho, dentro de nuestras propias letras, en el «Diario íntimo» de Unamuno⁴. En este caso lo que no es ni tan siquiera habitual es que se mencione la fecha, sólo en algunas ocasiones se habla (o encabeza el párrafo) de la festividad del día. De esta manera aparece en las páginas 35 y 36 donde escuetamente se enuncia: Miércoles Santo, Jueves Santo.

Sirvan los ejemplos antedichos para llegar a la conclusión que deseamos, diario puede considerarse cualquier obra sin trama argumental, escrita a lo largo de una época de la vida en la que el autor ha intentado reflejar su acción, pensamiento o ambas cosas. No es necesario ceñirse a la estricta jornada pues es posible detenerse a escribir por jornadas completas, o bien agrupar hechos en periodos más extensos cronológicamente. Consideramos válida para que pueda ser considerado diario la intención de contar su vida (sea física o psíquica) sin dejar pasar entre los hechos y la escritura un largo periodo de tiempo a la vez que esa escritura presenta la misma incertidumbre que el acontecer cotidiano, pues no se conoce su evolución.

Respecto a la importancia que otorga Bleiberg a los diarios para el conocimiento psicológico del autor, lo creemos evidentemente fundamental, pero a ello tendríamos que añadir otros tipos de conocimientos fáciles de apreciar: costumbres de la época, el autor no vive aislado sino inmerso en la sociedad que le ha tocado en suerte, sus hábitos denotan los de sus coetáneos, bien en la vía de la aceptación, bien en el resuelto propósito de no seguirlos; forma de

1 BLEIBERG, G. y MARIAS, J.: *Diccionario de la Literatura Española* (dirigido por) Ed. Revista de Occidente. Madrid, 1972, pág. 262.

2 AMIEL, E. F.: *Diario íntimo*. Ed. América. Madrid, sin fecha.

3 *Ibidem*, pág. 10.

4 UNAMUNO, M. de: *Diario íntimo*. Alianza Editorial. Madrid, 1981.

vida del autor, pues aunque no sea ese su propósito inmediato, quedan patentes, por lo reiterativo, pudiéndose reconstruir sus hechos cotidianos aun los más nimios; proceso seguido en su obra creativa de la que algunas notas pueden darnos una clara perspectiva, llegando incluso a constituirse, en ciertas ocasiones, diarios muy especiales por supuesto, en este orden. Tal podemos considerar el de Torrente Ballester⁵ explicativo de la génesis de sus novelas.

Queda, por último, todo el mundo interno del escritor, aunque discrepamos de Bleiberg en que sólo pueda apreciarse en diarios íntimos ya que cualquier tipo de diario, si no explícitamente sí implícitamente, puede proporcionarnos un perfil psicológico, humano en definitiva, del autor. Aún más, pensamos que cuando no se propone manifestarlo el autor hasta niveles íntimos puede resultar incluso más verídico por el hecho de no estar enmascarado literariamente, valga la paradoja, por su propio pensamiento.

A lo largo de nuestra historia ha quedado demostrado que el español es hombre de empujes esporádicos con muy poco de método constante, lógico es pues el hecho de que pocos hombres o mujeres hayan dedicado al menos unos últimos minutos al día para dejar constancia de lo vivido.

El mismo diario de Unamuno no lo es en el sentido ortodoxo de la palabra, no aparece fechado, ni se narran los hechos como tales acontecidos durante la jornada, ni tan siquiera de la «jornada mental», por llamarle de alguna manera, es decir, lo que de vida interior puede haber existido a lo largo del día.

Otros autores sí llegaron a realizar este ejercicio cotidiano, Moratín y Jovellanos, por ejemplo, pero las motivaciones eran diferentes, más prácticas, y acordes con la utilización política del viaje según el pensamiento ilustrado.

Respecto a lo que reste de intimidad en los diarios tras su publicación, el tema es amplio de tratar y las opiniones pueden ser contrapuestas pues dependerá del sutil distingo psicológico que se haga sobre el receptor. Partamos de dos hipótesis:

1) El autor del diario es un literato consagrado; el diario en ese caso adquiere importancia porque a través de él conoceremos algo más, en muy diversos sentidos, del autor. En el caso del ya nombrado «Diario íntimo» de Unamuno, encontraríamos un ejemplo de ello; en este diario se encuentran plasmados pensamientos íntimos, estos pensamientos son los mismos que enuncia Unamuno en sus obras, mas, aquí, aparecen sin encarnadura, sin estar revestidos de personaje, son en esencia el germen, el embrión de sus ideas que más tarde utilizará como armazón de las obras. De aquí su importancia esencial y de aquí también el nombre de diario, no por el esquema temporal que tengan sino porque conociendo la ideología de las otras obras se llega a la evidente conclusión de que en esos cuatro cuadernos escolares Unamuno anotaba de forma periódica sus pensamientos. Casi, para hablar

⁵ TORRENTE BALLESTER, G.: *Los cuadernos de un vate vago*. Plaza Janés. Barcelona, 1982.

con propiedad, podríamos decir que son «agendas de ideas» que efectivamente no pensaba publicar directamente pero que, consciente o no, incluyó de forma íntegra en las obras que sí escribía para publicar. De hecho son estos cuadernos pequeños párrafos sin relación directa entre ellos, sostenidos por un hilo central: la honda preocupación religiosa. Son expresiones del alma y de la razón, con ninguna o muy pocas menciones a otros acontecimientos cotidianos, pero son expresiones espontáneas aunque abarquen sólo una parcela del vivir.

2) La segunda hipótesis es la del autor que escribe su diario pensado en la utilidad que éste le pueda prestar o pueda tener en general.

Esta utilidad adquiere muy diversas connotaciones: recordar los hechos acaecidos al pasar los años, hacer anotaciones precisas sobre el trabajo que se lleva a cabo, anotar in situ observaciones de viaje, alejar mediante la escritura el problema y darle así mayor perspectiva; cabe incluso, aun con el artificio literario que esto suponga, vivir a través del diario. «A veces —dice Anaïs Nin en la introducción a sus diarios— cuando me habla la gente, tengo la sensación de haber hecho aquí, en el diario, todo lo que me piden. Aquí he sido auténtica, apasionada, explosiva»⁶.

3) La tercera hipótesis puede participar de las dos anteriores y casi podría ser denominado «diario literario». Explicamos el sentido de estas palabras. En el principio de su quehacer el escritor, consciente del problema de qué decir y cómo decirlo, necesita de un ejercicio cotidiano que le sirva de entrenamiento; el camino idóneo es precisamente el diario, casi un cuaderno de notas en el que va plasmando sus ideas, sus fantasías, las experiencias, incluso los esquemas de narraciones. Pero la forma es fundamental para el escritor por ello iniciará su andadura haciendo calcos literales de sus conversaciones, intentando reflejar el complejo fluir del pensamiento, haciendo hablar a seres con distintos niveles de lengua.

Todo ello, en ocasiones, deviene en un auténtico círculo en el que el principio y el fin es imposible precisar pues el diario se convierte a la larga en materia prima para sus obras literarias. «En el diario —citamos otra vez a Anaïs Nin— mi discurso es natural, lo que produzco fuera del diario es una condensación, el mito, el poema»⁷.

Ha sido posible en este tipo de diario, al menos para el que el autor ha estado movido por este resorte de práctica y ejercicio, que a la larga se convierta en una auténtica atadura, en una fuerte cadena que como droga llega a paralizar la creación de la persona en otros órdenes.

Aún podríamos plantear algunas hipótesis en las que descubriéramos el grado de «intimidad» que se revela en los diarios, si ésta es patente o sobrentendida, si se renuncia o no a la publicación, pero en todo ello se

6 ANAÏS NIN: *Diario 1931-1934*. Ed. R. M. Barcelona, 1977, pág. 5

7 *Ibidem*, pág. 5.

presentaría el problema de difícil solución: lo peculiar de cada una de las obras, la complejidad de motivos, lo laberíntico de cada vida y cada pensamiento. La única vía posible sería el estudio individual de cada uno de los diarios y ello desborda nuestro propósito.

Sí podemos, de una forma breve, distinguir varios tipos de diarios centrándonos en diferentes puntos de vista:

1) Atendiendo al carácter sedentario o itinerante del escritor.

No queremos darle un corte exclusivista a ninguno de los aspectos, pero remarcamos el hecho de que el autor viajara ocasionalmente y ello, como tantas otras cosas, aparezca en su diario, o por el contrario la narración cotidiana del viaje sea el hecho sobresaliente de los diarios porque lo sea también en la vida del escritor.

Los ejemplos que podríamos citar de diarios cuyo principal protagonista es el viaje son innumerables, de Cristóbal Colón a Wolfrang Goethe podríamos enumerar todos los tonos, tendencias y estilos de la literatura universal, teniendo como único código común el del viaje.

A pesar de ello quisiera dedicar unas líneas a un eminente polaco del siglo XVIII, autor de un «Diario de viaje» que se asemeja a los de los ilustrados españoles, en especial a Jovellanos. Nos referimos a Stanislaw Staszic.

La primera semejanza la encontramos en la necesidad del viaje en vías de su profesión, fue preceptor de los hijos del canciller Zamojski, por ello hubo de acompañar a esta pequeña corte como un miembro más del séquito lo que le permitió recorrer su propio país en toda su extensión a más de Austria, Bohemia, Italia y Francia.

Se asemeja igualmente en la finalidad de los diarios a los que no atribuye un fin literario en ellos mismos, aunque las impresiones y recuerdos fijados pudieran tener una utilización posterior.

Coinciden Jovellanos y Staszic en el espíritu práctico de hombres de ciencia pertenecientes al siglo de la Ilustración. Así, Staszic, en los viajes por su país, se ocupa sobre todo de observaciones científicas, especialmente mineralógicas. Cuando Staszic visita Italia le interesará, más que mitos o leyendas, la producción de los campos, las formaciones geológicas, las instituciones científicas, la vida civil y la política y en general las condiciones generales de los habitantes del país visitado.

Al margen de las lógicas diferencias entre dos hombres habitantes de países tan dispares, una diferencia predomina sobre las otras: para Staszic la obra de arte encierra todo su valor en el concepto moral que las inspira, para Jovellanos el aspecto estético, aun reconociendo él mismo en las «Cartas a Ponz» sus limitaciones, formará parte indisoluble de la obra, sin esta visión esteticista todo quedaría en simple trama bien ejecutada pero sin la capacidad de inspirar aquello que sólo la belleza puede provocar.

2) Atendiendo a la profesión de quien escribe.

No pretendemos establecer una larga enumeración de profesionales que hayan escrito un diario. La división es mucho más simple: literatos-no literatos, es decir un primer grupo muy numeroso de personas que ha hecho del

escribir su profesión y además escribieron un diario y aquellas otras que lo escribieron sin estar ligados directamente a esta profesión.

Del primer grupo los nombres afloran a nuestra memoria: del francés Charles Du Bos al ya mencionado de Amiel, o los diarios juveniles de Rainer María Rilke o el también citado de Unamuno.

El segundo grupo, no literatos, integra en él personajes pertenecientes a otras parcelas de la vida artística y cultural y cuyo nombre evoca en el lector resonancias de vida digna de pasar a la posteridad.

Dos ejemplos nos bastan para ilustrar, el «Diario» del pintor Delacroix, en el que nos ofrece una serie de notas y reflexiones que nos muestran, a lo largo de cuarenta años, el desarrollo artístico del pintor, y como curiosidad, mencionamos al segundo personaje, Paul Freart, señor de Chantelou, quien recibió el encargo de Luis IX de acompañar a Bernini durante su estancia en París para la readaptación del palacio del Louvre. Chantelou tomó nota minuciosa de todo, narrando en su diario las relaciones de Bernini, su trabajo y su perfil humano.

3) Atendiendo al carácter científico de su contenido.

Queremos traer a colación los diarios de aquellos investigadores cuyo quehacer diario fue anotado escrupulosamente, bien porque a ellos mismos les fuera necesario para poder repetir el experimento, bien porque su experiencia necesitaba una detallada relación que sirviera de información precisa a aquellos que la leyeran posteriormente.

La inmensa mayoría de este tipo de diario la podíamos entroncar con los diarios de viajes de los siglos XVIII y XIX ya que viajes científicos fueron con especialistas en las distintas áreas que se intentaban estudiar. Buen ejemplo de ello sería el «Diario de las investigaciones que se refieren a la historia natural y a la geología de los países visitados durante el viaje del buque real «Beagle» alrededor del mundo» de Charles Darwin, que a lo largo de casi seis años narra las impresiones y observaciones científicas sobre las regiones que fueron punto de destino de su viaje.

En el plano del científico estático destacamos el «Diario de Faraday» que en fechas no consecutivas, en el siglo XIX, y coincidiendo con sus investigaciones más importantes, describe día a día y con todo el orden preciso los experimentos que realizaba y los pasos que seguía hasta su consecución.

4) Diarios en los que se atiende más que a la propia vida al entorno de ésta.

En ciertas ocasiones, sin discutir el valor objetivo del diario, éstos han adquirido un singular relieve porque en ellos aparece retratada con precisión realista toda una época o todos aquellos que en alguna parcela destacaron. Se convierten así estos libros en auxiliar valioso para el conocimiento de ese momento.

El ya comentado diario de Anaïs Nin nos sirve de punto de partida, desde su comienzo en los años treinta hasta el momento presente, desfilan por él los más importantes literatos, especialmente norteamericanos, de cada decenio.

De forma más sencilla, en el siglo pasado, otra mujer, María Bashkirtseff cuenta en su diario la amistad que sostuvo con literatos y artistas rusos.

En otro orden de cosas y bajo otros puntos de vista podríamos citar el anónimo francés del siglo XV «Diario de un burgués de París en tiempos de Carlos VI y Carlos VII». Pese a su título se trata de una auténtica crónica que nos permite conocer en casi todos los sentidos aquella época.

Muy distinta ubicación tendrían los «Diarios» de William Byrd que, a caballo entre el siglo XVII y XVIII, hizo trabajos en Virginia para dar con los lugares más adecuados en los que se pudieran establecer colonias, ciudades y plantaciones. Pese a un estilo poco literario —aunque no de un iletrado— cumplen el propósito que destacamos pues conocemos a través de sus páginas el entorno y las gentes de aquellas primitivas colonias.

5) Diarios de carácter autobiográfico.

Parece innecesario aclarar que todos los diarios encierran en ellos una buena dosis de autobiografía si bien ésta se presenta parcelada en cortos periodos de tiempo. Queda también claro que separamos el género autobiográfico quedando este nombre reservado a aquella obra que el autor escribe cuando su vida ha avanzado lo suficiente como para poder escribir desde la distancia sus diferentes etapas.

Y también diferenciamos las «memorias» para las que dos rasgos son característicos: pueden no seguir estrictamente el orden cronológico pues es posible que el autor narre, respetando el nombre genérico, aquellos acontecimientos de su vida que quedaron impresos en su memoria sin necesidad de recurrir a otro tipo de investigación; por otra parte el autor no necesariamente ha de ser el personaje que aparece como protagonista, puede existir una dicotomía entre forma-fondo y que el narrador sea uno y el que da forma a la narración sea otro. Su calidad literaria en contadas ocasiones suele ser elevada, se trata, en general de un subgénero ocasional más con móvil económico que literario.

Incluimos en el epígrafe a aquellos diarios que, sobre otros aspectos más accidentales, centran su atención sobre la propia vida, intentando reflejar la propia situación personal, la actuación individual, etc., quedando como telón de fondo la época, la ideología y la cultura en la que le ha tocado vivir. Es algo así, permítase la comparación gramatical, a una marcada deixis incidiendo sobre el narrador.

En este orden podríamos citar el «Diario» de Stendhal (Henri Beyle) que aun respetando la forma de diario intenta descarnada e incisivamente una confesión autobiográfica.

Se ha dicho, y así lo expresa German Bleiberg en la definición de diario que nos ha servido de guía, que el género de memorias y autobiografía son «siempre menos sinceras de lo que suele ser el diario»⁸. No es ésta la opinión de Juan Goytisolo en su prólogo al libro de viajes de Domingo Badía (Ali-

8 BLEIBERG, G. y MARIAS, J. Obra citada, pág. 262

Bey)⁹, cuando compara estos «Viajes» con las «Memorias» de Godoy: Los «Viajes» de Ali-Bey y las «Memorias» del Príncipe de la Paz tienen a lo menos un punto en común: el de su escasísima fiabilidad. Como sucede casi siempre con los diarios y recuerdos de autores españoles, carecen de la honradez y devastadora sinceridad de que hacen gala a veces sus colegas franceses e ingleses. El género de Memorias, en España, es habitualmente desmemoriado, oportunista y autojustificativo y, si se arriesga a evocar lo íntimo y personal, no pasa del chisme sobre lo ajeno y el mezquino cotilleo de salón»¹⁰.

Muy generales y faltas de matización nos parecen ambas opiniones, si bien creemos que, evidentemente, existe un problema relacionado, por una parte, con el tiempo y, otra, con el público destinatario. Lo explicaremos: el diario es redactado posiblemente como material publicable pero en un tiempo futuro, por el contrario, las memorias son redactadas en un corto período de tiempo para una publicación inmediata. La perspectiva de escritura es diferente y por ello, dado que la lejanía temporal todo lo atenúa, es posible una mayor sinceridad en los diarios, al margen de que éstos, si son fieles a la realidad, evitan un juicio a posteriori donde tan fácil es —y en esto coincidimos con Goytisolo— la autojustificación.

Sabemos que cuanto antecede no es más que un esbozo de todo aquello que se podría analizar en este género literario apasionante y complejo que suponen los diarios. Apasionante porque más que ningún otro refleja la idiosincrasia del autor, complejo porque precisamente por su carga personal es difícil aunarlos bajo unas características generales.

Su estudio para que sea válido, ha de ser prácticamente individual ciñéndonos a las coordenadas temporales y culturales de su autor, y aun teniendo en cuenta estas coordenadas podríamos confirmar que a pesar de estar inmersos en un siglo y cultura común cada autor de diarios orienta su redacción bajo puntos de vista si no diametralmente opuestos, al menos, con unos perfiles individuales que los hacen únicos en el primigenio sentido de esta palabra.

Pero —y he aquí la gran paradoja— estudiando los diarios de unos autores de una época y un país determinado encontraremos unos cauces similares que nos harán comprender el cuerpo y el alma de aquel movimiento ideológico que representan.

9 ALI-BEY (D. BADIA): *Viaje por Marruecos, Trípoli, Grecia y Egipto*. Prólogo de Juan Goytisolo. Calamus Scriptorum. Barcelona, 1982.

10 *Ibidem*, pág. XVII.